

## ARGENTINA, 1973-1976: DE LA “DEMOCRACIA INTEGRADA” AL TERRORISMO DE ESTADO

Ana M.Barletta\* y Jorge Cernadas\*\*

*El arte de hacer política no es gobernar el orden,  
sino gobernar el desorden*  
Juan D. Perón

### *I.- ¿Porqué el '73?*

Ya desde su título mismo (“Argentina, 1973-2003”), el *dossier* de *Matériaux* convoca inmediatamente un problema clásico del análisis histórico, el de la periodización. Porque si existen pocas dudas de que en el proceso argentino el año ‘73 fue vivido por sus contemporáneos –con euforia o pesar, según el caso– como un hito de la historia nacional, treinta años más tarde resulta casi un lugar común señalar allí el comienzo de una coyuntura histórica densa, atravesada por múltiples y agudas contradicciones, cuya brutal resolución comenzaría a transitarse en 1974-1975, para consumarse a fondo tras el golpe de Estado de marzo de 1976. Aunque las posibles respuestas son inevitablemente múltiples, es necesario, entonces, intentar esbozar qué estuvo en juego en los escasos pero intensos tres años transcurridos entre la derrota política de la arrogante “Revolución Argentina” (liderada por el general Juan Carlos Onganía en junio de 1966), derrota espectacularmente simbolizada por la vuelta del peronismo y de Juan Domingo Perón al poder, tras casi dos décadas de fórmulas políticas que

---

\* UNLP y UBA.

\*\* UBA y UNGS.

lo excluían, y la nueva y salvaje dictadura del “Proceso de Reorganización Nacional”, presidida por el general Jorge Rafael Videla.

## *II.- Del exilio al poder*<sup>1</sup>

Desde una perspectiva actual, parece ineludible remontar algunas de aquellas contradicciones hasta el desplazamiento del peronismo del control del Estado en 1955, por la llamada “Revolución Libertadora” del general Pedro Eugenio Aramburu. “Desperonizar” fue una de las consignas más fuertes de la etapa que se abría: “desperonizar” la política y la economía, y también a la clase obrera, la universidad, el ejército... Cómo desarrollar el capitalismo argentino sin una clase obrera peronista que, a la vez, no resultara severamente perjudicada por ello, para que pudiera plegarse al espíritu de los “libertadores”, constituyó así uno de los problemas centrales<sup>2</sup>. A partir de entonces, los interrogantes acerca de “qué hacer con las masas” y qué rumbo asignar a la economía argentina marcaron gran parte del debate político. La “modernización” económica post-peronista, centrada –con diversas variantes en las que no podemos detenernos aquí– en el aliciente a una nueva fase de sustitución de importaciones industriales, con el capital extranjero como protagonista crecientemente principal, aunque se abrió paso con dificultad, en cualquier caso modificó sensiblemente el paisaje de la economía local, sustentando un crecimiento moderado, aunque de carácter espasmódico y escasamente integrado<sup>3</sup>. Ello no bastó, sin embargo, para resolver el primer problema. Por una parte, el pacto proscriptivo del peronismo vigente luego de 1955, sostenido por los sucesivos gobiernos militares y civiles del período, no logró diluir –más bien al contrario– la identidad política de las clases populares moldeada en los años ‘40, ni opacar definitivamente la

---

<sup>1</sup> Amaral, S. y Plotkin, M. (comps): *Perón: del exilio al poder*, Bs. As., Cántaro, 1993.

<sup>2</sup> Altamirano, C: *Bajo el signo de las masas. 1943-1973*, Bs. As., Ariel, 2001.

<sup>3</sup> Pucciarelli, A.: “Dilemas irresueltos en la historia reciente de la sociedad argentina”, en A. Pucciarelli (ed.): *La primacía de la política*, Bs. As., Eudeba, 1999.

influencia política de Perón sobre éstas, tal como esperaban los principales actores políticos, incluso las izquierdas. Por otra parte, la propia “modernización” en el campo de la economía, aunque vista a la distancia con nostalgia por más de un observador actual, estuvo lejos de articularse linealmente con grados crecientes de armonía social y de inclusión política – como prometía su temprana versión “desarrollista”, por boca de su principal impulsor, el presidente Arturo Frondizi (1958-1962)–, y no proveyó bases sólidas para edificar proyecto hegemónico perdurable alguno<sup>4</sup>. Existe una sugerente literatura que habilita a interrogarse si tal hegemonía fue efectivamente perseguida por los sectores económicamente dominantes de la época, o si, por el contrario, sus intereses encontraban mejor resguardo en el contexto de aguda inestabilidad política que es uno de sus rasgos más notorios, conformando así un modelo de “dominación sin hegemonía”<sup>5</sup>. En cualquier caso, algunos de los más estimulantes análisis sobre el período 1955-1976 han dibujado (con variantes tributarias de sus diversos enfoques teóricos) la imagen de una sociedad atravesada por “empates” o bloqueos recíprocos de los proyectos de los principales actores, cuyo carácter recurrente devino en grados de enfrentamiento sociopolítico cada vez más profundos y virulentos, y en un deterioro creciente de las capacidades y la autonomía relativa del Estado<sup>6</sup>.

La “Revolución Argentina”, tal el modesto nombre que se autoasignó el régimen militar inaugurado en 1966, pretendió, a su modo, resolver este cúmulo de problemas. Para ello, partía de un diagnóstico que, asociando desarrollo y “seguridad nacional”, enfatizaba la necesidad de restablecer la autoridad estatal

---

<sup>4</sup> A este respecto, resulta significativo que hacia 1964 Tulio Halperin Donghi se refiriera al período inaugurado en 1930 como signado por una “guerra civil larvada”. *Argentina en el callejón*, Montevideo, Arca, 1964.

<sup>5</sup> Según la fórmula propuesta por Rouquié, A.: “Hegemonía militar, estado y dominación social”, en A. Rouquié (comp): *Argentina, hoy*, Bs. As., Siglo XXI, 1982.

<sup>6</sup> Portantiero, J. C.: “Economía y política en la crisis argentina, 1958-1973”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 2, 1977; O’ Donnell, G.: “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”, en *Desarrollo Económico* n° 64, 1977; De Riz, L.: *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista*, México, Folios, 1981, y Cavarozzi, M.: *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Bs. As., CEAL, 1983.

sobre la sociedad clausurando el débil sistema de partidos establecido en el '55 (y la actividad política misma), para priorizar el crecimiento acelerado de una economía industrializada “eficiente”, comandada por el gran capital urbano extranjero y nacional, en un proceso de duración incierta que daría lugar más tarde a una mayor “sensibilidad social” en la distribución de sus beneficios, y a algún tipo de apertura política, eventualmente de tipo corporativo. La fórmula pareció funcionar bien –en sus propios términos– durante un par de años. Pero pronto los parsimoniosos cálculos del régimen se vieron dramáticamente alterados por la acumulación de múltiples frentes de tensión, tanto internos (v.gr. los alentados por poderosas fracciones de las propias clases dominantes, como los terratenientes pampeanos) como externos al sistema de poder. Estos últimos resultaron espectacularmente ejemplificados por el “Cordobazo” (mayo de 1969)<sup>7</sup> y otros graves alzamientos populares urbanos en el interior del país, el aumento generalizado de la conflictividad social que les siguió, y la creciente actividad de numerosas organizaciones político-militares de signo peronista o marxista<sup>8</sup>. El resonante secuestro y posterior asesinato del general Aramburu por parte de la guerrilla peronista, brindó a los jefes militares la oportunidad para el desplazamiento de Onganía del poder. El tardío y políticamente estéril giro “nacionalista” intentado bajo la breve gestión del general Roberto M. Levingston (1970-1971) cedió paso –tras otro alzamiento en la ciudad de Córdoba– a la presidencia del general Lanusse, artífice de una nueva estrategia de resolución de la crisis que el propio régimen había venido a agudizar, consistente en procurar el reencauce de la situación y la reconstrucción

---

<sup>7</sup> Tal la denominación de lo que comenzó siendo una huelga convocada por las centrales obreras de la ciudad mediterránea de Córdoba, y que derivó en un alzamiento popular con duros enfrentamientos callejeros con las fuerzas de seguridad y el ejército.

<sup>8</sup> Aunque existían antecedentes de efímeras experiencias de guerrilla rural, entre 1968 y 1970 se asistió a una rápida multiplicación de organizaciones político-militares, de actividad mayormente urbana, de las que Montoneros, de orientación peronista, y el Ejército Revolucionario del Pueblo, de signo marxista (ambas fundadas en 1970), resultarían las más influyentes en los años finales de la “Revolución Argentina” y en los del tercer gobierno peronista.

del poder estatal a través de la reconciliación con los partidos tradicionales – agrupados desde fines de 1970 en la llamada “Hora del Pueblo”–, la dirigencia sindical peronista y el empresariado “nacional”. Se trataba de poner fin a la experiencia de gobierno militar, aislando a los núcleos duros de lo que algunos contemporáneos llamaban “nueva oposición” emergente (corrientes sindicales combativas y “clasistas” afianzadas tras el “Cordobazo”, organizaciones armadas, expresiones radicalizadas de la izquierda, el peronismo y el cristianismo) para facilitar su represión, preservando –hasta donde fuera posible– la unidad de las fuerzas armadas y su rol tutelar sobre un futuro gobierno constitucional, que surgiría de elecciones sin proscripción formal del peronismo<sup>9</sup>.

Tal estrategia (el llamado “Gran Acuerdo Nacional”) suponía no obstante que la oposición “sensata” al régimen, y especialmente el propio líder exiliado del peronismo, se avinieran a concertar una serie de condiciones para el traspaso del poder (incluidas la condena explícita de Perón a los movimientos radicalizados y la eventual candidatura presidencial consensuada del mismo Lanusse), aunque pronto resultó evidente que las fuerzas armadas en el gobierno tenían escaso margen de maniobra política para imponerlas. El pasaje de la “política en suspenso” onganiana a la “primacía de la política” lanussista se reveló más complejo y tortuoso de lo que fantaseaban el gobierno militar y sus asesores civiles. El tradicional clivaje peronismo/antiperonismo, dominante en la política argentina desde mediados de la década de 1940, aunque indudablemente persistente, aparecía ahora complicado por la emergencia de nuevos actores, incluida un ala intransigente y radicalizada, predominantemente juvenil (y estimulada públicamente por Perón), dentro del propio movimiento peronista, más heterogéneo que nunca. Aunque hoy sin duda pueda discutirse que se

---

<sup>9</sup> O'Donnell, G: *1966-1973: El Estado burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Bs. As., Ed. de Belgrano, 1982.

estuviera realmente en presencia –como han argumentado diversos autores– de una “crisis orgánica”, de “dominación celular” o de “dominación social” (nociones cercanas a la de crisis revolucionaria), parece evidente que el poderoso y multiforme proceso de contestación social y agitación política abierto con el “Cordobazo”, alimentado por el conglomerado heterogéneo de fuerzas que ha sido denominado como “nueva izquierda”<sup>10</sup>, disparó temores de ruptura del orden social y planteó desafíos políticos que las clases dominantes, el gobierno militar y los líderes y fuerzas políticas tradicionales no habían enfrentado en décadas, si es que alguna vez habían debido hacerlo.

Hacia fines de 1972 y comienzos de 1973, resultaba evidente que el “Gran Acuerdo”, al menos en los términos en que inicialmente había sido concebido por la fracción político-militar que lideraba Lanusse, carecía de viabilidad. Perón había regresado fugazmente al país en noviembre de 1972, sellando un acuerdo de gobernabilidad con los principales partidos políticos, en un encuentro al que también asistieron dirigentes de la Confederación General del Trabajo (central única de los trabajadores) y la Confederación General Económica, representativa del empresariado “nacional”. Esta articulación corporativa y partidaria esbozaba el modelo de “democracia integrada” que poco después propondría formalmente Perón. El clima de efervescencia política y movilización social, al que se agregaban los audaces operativos de las organizaciones armadas, enmarcaron la realización, en marzo de 1973, de las elecciones nacionales, que dieron el triunfo a Héctor J. Cámpora, delegado personal y candidato designado por Perón –inhibido de presentarse él mismo mediante un artilugio legal del régimen militar– al frente de una coalición con centro en el heterogéneo movimiento peronista, el “Frente Justicialista de Liberación Nacional”. Quedaban así sepultadas las especulaciones acerca de la

---

<sup>10</sup> Tortti, M. C.: “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política* n° 6, 1998.

no realización de las elecciones comprometidas por el gobierno militar, o sobre un eventual desconocimiento de sus resultados por parte de éste.

### *III.- Cámpora al gobierno*

El triunfo de Cámpora pareció consagrar la creciente influencia política del ala radical del peronismo, ya hegemonizada por Montoneros, conocida como la “Tendencia revolucionaria”, cuyo protagonismo en la campaña electoral había sido indiscutible. La noche misma de su festejada asunción, el 25 de mayo, una multitud militante forzó la liberación de los presos políticos del régimen militar recién concluido, acción convalidada luego por una amnistía decretada por Cámpora y aprobada por el parlamento. Asimismo, personal político cercano a Montoneros asumió cargos de responsabilidad en algunas gobernaciones, ministerios y universidades, y representaciones parlamentarias. El clima de movilización alcanzó un momento culminante con las “tomas” (ocupación de reparticiones públicas, fábricas, centros de comunicaciones, etc.), en su mayoría destinadas, según el discurso público de sus promotores, a abortar maniobras “continuistas” y fortalecer al nuevo gobierno popular, aunque no pocas de estas acciones (que sumaron alrededor de seiscientas en pocos días) fueron reactivas a las protagonizadas por diversos sectores radicalizados<sup>11</sup>.

Sin embargo, las claves de la coyuntura política estaban lejos de agotarse en estos acontecimientos vibrantes. El hecho mismo de que la consigna más voceada de la campaña electoral hubiera sido “*Cámpora al gobierno, Perón al poder*”, y de que el propio Cámpora se asumiera públicamente como presidente vicario (circunstancia verificada asimismo en la diversidad de su gabinete, que, espejando a la del movimiento ahora gobernante, integraba también, entre otros, a representantes del sindicalismo peronista tradicional, a viejos cuadros políticos del partido peronista, y al poderoso secretario personal de Perón y ministro de

Bienestar Social, el ultraderechista José López Rega), auspiciaban vertiginosas definiciones. Aunque hasta entonces no habían faltado señales del rumbo político que podrían seguir los acontecimientos, esas definiciones se precipitaron con el nuevo retorno de Perón al país, el 20 de junio de 1973. La multitudinaria manifestación popular reunida en las inmediaciones del aeropuerto de Ezeiza para recibirlo concluyó con una masacre planificada por parte de sectores de la extrema derecha del movimiento, liderados, entre otros, por el coronel Osinde (ex-funcionario de seguridad del primer peronismo y asesor de Perón en la materia), el secretario de la Confederación General del Trabajo y fiel seguidor de Perón, José Ignacio Rucci, y José López Rega, en un anticipo de la actuación de bandas armadas clandestinas que se generalizaría poco después<sup>12</sup>. Al día siguiente, Perón, sin prácticamente aludir a lo sucedido, dejó en claro que “no hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina ni a nuestra ideología”, en el contexto de un discurso público rico en advertencias y amenazas hacia “los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro Movimiento o tomar el poder que el Pueblo ha reconquistado”. La ambigüedad discursiva de los últimos años del exilio cedía paso ahora a un corte neto, sustancialmente distinto del anhelado por la izquierda peronista: donde ésta aguardaba la reivindicación de sus luchas, y acaso un pronunciamiento en favor de la “patria socialista”, el veterano general reivindicaba las “veinte verdades” del peronismo histórico y llamaba a “volver al orden legal y constitucional”<sup>13</sup>.

Sin embargo, las palabras y las cosas no obstaron para que el ascendiente político de Perón apareciera aún como el vértice de las expectativas políticas más disímiles: desde la inminente consumación del confuso “socialismo nacional” alentado por el ala radicalizada del peronismo, hasta la reimplantación

---

<sup>11</sup> Nievas, F.: “Cámpora: primavera-otoño. Las tomas”, en A. Pucciarelli (ed.): *Op.cit.*

<sup>12</sup> Verbitsky, H.: *Ezeiza*, Bs. As., Contrapunto, 1986.

<sup>13</sup> Svampa, M.: “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”, en D. James (dir.): *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, *Nueva Historia Argentina* T. IX, Bs. As., Sudamericana, 2003.



del “orden” que, desde distintos ángulos, anhelaban sectores tan diversos como la dirigencia peronista sindical tradicional, el ala ultraderechista del peronismo aglutinada alrededor de López Rega, el empresariado o las propias fuerzas armadas. En cualquier caso, la “primavera camporista” tenía los días contados: las presiones para acelerar la renuncia de Cámpora y una nueva convocatoria a elecciones se multiplicaron. Tras entrevistarse con el presidente, un exultante Rucci –respaldado por Perón– declaró a la prensa “se acabó la joda”, lo que equivalía a declarar el fin del gobierno<sup>14</sup>. Cámpora había sido derrocado.

#### *IV.- Perón al poder*

La vuelta de Perón al poder en octubre de 1973, tras ser plebiscitado con el 62% de los votos en las elecciones de setiembre, puso en el centro de la escena un doble defasaje. El primero de ellos, relativo a los desajustes entre las enormes expectativas acumuladas por los sectores populares (en términos de reparación por los largos años de proscripción política, pero también de vuelta a la bonanza de los primeros gobiernos peronistas), y las magras realidades ofrecidas a los mismos por el “Pacto Social”, acuerdo entre patronos, sindicatos y Estado y piedra angular del proyecto de “democracia integrada” propuesto como “modelo argentino” por Perón, quien remarcaba que dicho convenio era también un “pacto político”. El Pacto, delineado por el ministro de Economía José Ber Gelbard –líder de la CGE– y firmado ya en tiempos de Cámpora, establecía básicamente la política de ingresos, como parte de un programa económico más amplio que ha sido calificado como intervencionista, nacionalista y moderadamente redistributivo<sup>15</sup>, pero que apenas si tuvo un principio de ejecución, y que en lo inmediato no tenía mucho que ofrecer a los sectores populares: el otorgamiento de un módico aumento salarial y el congelamiento de

---

<sup>14</sup> De Riz, L.: *La política en suspenso, 1966/1976*, Bs. As., Paidós, 2000.

<sup>15</sup> Di Tella, G: *Perón-Perón*, Bs. As., Sudamericana, 1983.

precios por dos años, período durante el cual quedaban suspendidas las negociaciones colectivas obrero-patronales, privando así a la dirigencia sindical de una de las fuentes de su capacidad de presión. No sin razón, el acuerdo fue aceptado con alivio –dado el clima político existente– por las principales corporaciones patronales, y con reticencia por los jefes sindicales, por otra parte apremiados por las demandas de sus bases.

Un segundo defasaje remite al hiato existente entre aquellas expectativas populares, inscriptas aún mayoritariamente en el ideario y la identidad política peronistas, y los horizontes políticos contrahegemónicos de largo alcance de las izquierdas, desde los días de la retirada del régimen militar. La misma convocatoria de elecciones sin proscripciones les había planteado complejos desafíos: sus diversas vertientes oscilaron entre el voto en blanco y el “apoyo crítico” al peronismo. Cabe señalar aquí la subestimación de esas expectativas (particularmente en la izquierda revolucionaria), tanto como la dificultad para traducir en términos políticos y programáticos aquellos horizontes, en un contexto político rápida pero profundamente alterado desde el aún cercano enfrentamiento a la dictadura militar. En el primer defasaje señalado, las diversas vertientes de la “nueva izquierda” sólo parecen haber percibido una preciosa oportunidad de resolver la contradicción que aquél conllevaba en favor de las clases populares, omitiendo o minimizando la capacidad de recomposición de sus adversarios de dentro y fuera de la alianza gobernante, y la consiguiente posibilidad de resolución de esa contradicción a expensas (y no a favor) de los sectores subalternos. A este respecto, gran parte de la literatura existente ha remarcado la “descolocación” de las formaciones de la “nueva izquierda” en el nuevo escenario político, atribuyéndola en gran medida a los déficits de sus propias concepciones de la política y lo político<sup>16</sup>, o a sus

---

<sup>16</sup> Tal lo que sucede, especialmente, en algunos ensayos de los años '80, fuertemente permeados por la revalorización de la institucionalidad democrática posterior a 1983. Véase, por ejemplo, Ollier, M. M.: *El*

“errores” de apreciación del balance de fuerzas del momento. Asimismo, se ha argumentado que el crecimiento orgánico de tales formaciones en el interior de las fuerzas sociales movilizadas desde fines de los años sesenta era aún molecular hacia 1973<sup>17</sup>. En cualquier caso, sus adversarios comenzaron a producir temprana y vertiginosamente hechos y discursos contundentes, tanto los que podían inscribirse formalmente dentro de la nueva legalidad liberal-democrática, como los que caían abiertamente fuera de ella. Entre los primeros, cabe contabilizar el propio desplazamiento de Cámpora, la sanción de una nueva Ley de Asociaciones Profesionales que reforzaba el poder interno de la burocracia sindical tradicional para enfrentar los desafíos de las corrientes combativas; la reforma de orientación represiva del Código Penal que restablecía medidas de la anterior dictadura militar; la promoción de López Rega de cabo de la policía a comisario general... Entre los segundos, la masacre de Ezeiza, nunca investigada; la destitución del gobernador de Córdoba, cercano a la “Tendencia”, por parte del jefe de policía local, hecho conocido como el “navarrazo” y consentido por el presidente Perón; las primeras acciones públicas de la banda paraestatal de ultraderecha conocida como “Triple A” a fines de 1973... Estamos lejos, como se ve, de la benévola figura del “león herbívoro” con la que Perón gustó presentarse a su regreso al país, y más cerca de los límites del estrecho desfiladero de la “democracia integrada”. Ésta suponía desafíos políticos mayúsculos para las formaciones de izquierda, que procuraron ensayar respuestas diversas, políticas y político-militares, aunque su destino común resultaría a la postre la derrota. También en aquellos límites quizá radique una de las claves de la creciente “militarización” de la práctica política de algunas de las principales organizaciones político-militares peronistas y

---

*fenómeno insurreccional y la cultura política*, Bs. As., CEAL, 1986; Hilb, C. y Lutzky, D: *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, Bs. As., CEAL, 1984.

<sup>17</sup> Landi, O: “La tercera presidencia de Perón: gobierno de emergencia y crisis política”, *Documento CEDES/CLACSO* n° 10, Bs. As., 1978.

marxistas (lo que sin embargo no resultó contradictorio con su crecimiento, al menos “cuantitativo”<sup>18</sup>), llevadas al terreno que, por otra parte, más convenía a sus adversarios para aislarlas y eliminarlas, abriendo de paso la puerta a la relegitimación de las fuerzas armadas. Ésta tuvo una oportunidad relevante a propósito de las tareas de represión del foco de guerrilla rural lanzado por el Ejército Revolucionario del Pueblo en la provincia de Tucumán, en el llamado “Operativo Independencia”, verdadero banco de prueba de los métodos de represión clandestina que se generalizarían tras el golpe de Estado de 1976.

#### *V.- Derrumbe*

A mediados de 1974, el panorama político y económico se presentaba cargado de sombrías perspectivas. Por un lado, durante un acto realizado en la Plaza de Mayo para conmemorar el Día del Trabajo, se consumó la clamorosa ruptura pública del caudillo con la izquierda peronista liderada por Montoneros. Si en Ezeiza no había sido claro el resquebrajamiento de la alianza entre el líder y la izquierda de su movimiento, ahora la diferencia se escenificaba en la Plaza: los integrantes de la “juventud maravillosa” de los discursos de Perón de fines de los años sesenta, pasaban a ser los “estúpidos que gritan” o los “imberbes”. Por otro lado, se acumulaban los signos de rápida erosión del Pacto Social, progresivamente desbordado por empresarios y trabajadores, en un marco económico internacional crecientemente adverso, sacudido por la crisis del petróleo. En tal contexto, el 1º de julio de ese año, murió Perón. La presidencia recayó en su tercera esposa, “Isabel”, quien ciertamente carecía de las capacidades de arbitraje político del viejo líder populista. Una alianza temporaria entre el “entorno” presidencial, encabezado por López Rega, y la dirigencia sindical, abandonó lo que quedaba del Pacto Social, forzando la

---

<sup>18</sup> Gillespie, R.: *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Bs. As., Grijalbo, 1987; Pozzi, P.: “*Por las sendas argentinas...*” *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Bs. As., Eudeba, 2001.

renuncia del ministro de Economía Gelbard, y ajustó cuentas con los núcleos antiburocráticos de disidencia gremial (representados por dirigentes como Agustín Tosco, René Salamanca y Raimundo Ongaro) y con los funcionarios afines a la izquierda peronista subsistentes en el aparato estatal. Estos conflictos se tramitaban en un cuadro de crisis y reversión del largo ciclo populista que había consolidado en los años 40 el mismo movimiento gobernante<sup>19</sup>: a mediados de 1975, Isabel Perón y su “entorno” lopezrreguista intentaron un drástico cambio de alianzas y de orientación económica a través del llamado Plan Rodrigo (por el nombre del ministro de Economía que intentó su aplicación). Éste involucraba un alejamiento categórico de las líneas tradicionales de la economía del peronismo, y la apuesta a un esquema de poder que, empezando por el frontal ataque a la “columna vertebral” del movimiento (los sindicatos), poco o nada tenía que ver ya con el agonizante “modelo nacional-popular”. Aunque la Confederación General del Trabajo (temerosa de verse desbordada por el malestar y la movilización de sus bases) consiguió bloquear el proyecto decretando la primera huelga general contra un gobierno peronista, y producir el desplazamiento del elenco que lo impulsaba, se trató de una victoria pírrica, y acaso de la última expresión de esa clase obrera madura caracterizada por Juan C. Torre<sup>20</sup>.

El frustrado “desempate” intentado mediante el Plan Rodrigo colocó en primer plano la beligerancia política cada vez más visible de los sectores económicos predominantes<sup>21</sup>, que en ese contexto empezaron a denunciar el “excesivo” poder de los dirigentes sindicales, aun de los negociadores –que la izquierda consideraba “traidores” al movimiento obrero–, como una “amenaza” que podría desembocar, en última instancia, en el “colectivismo”. A la temprana oposición de los grandes propietarios rurales, se agregó la de otros sectores,

---

<sup>19</sup> Tarcus, H: “La crisis del Estado populista: Argentina, 1976-1990”, *Realidad Económica* n° 107, 1992.

<sup>20</sup> Torre, J.C.: *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Bs. As., CEAL, 1983.

<sup>21</sup> Sidicaro, R.: *Los tres peronismos*, Bs. As., Siglo XXI, 2002.

nucleados en la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE), promotora de una campaña periodística sistemática y de un *lock-out* patronal ya claramente orientados hacia el golpe de Estado, mientras los dirigentes sindicales, por su parte, criticaban el desabastecimiento y la especulación y la demanda de liberalización de precios y de pauperización de la clase obrera como el “verdadero terrorismo económico y social”. El aliento al golpe fue acompañado también por los grandes medios de prensa, como los tradicionales diarios *La Nación* y *La Prensa*, y por voceros de la poderosa Iglesia católica como monseñor Bonamín y monseñor Tortolo, quienes, en la segunda mitad del año ‘75, ya profetizaban la proximidad de “un proceso de purificación” encabezado por las fuerzas armadas. Éstas, por su parte, encargadas desde principios de 1975 del “aniquilamiento de la subversión” por el Poder Ejecutivo Nacional, se instalaron en una posición de aparente “prescindencia” política que, en realidad, encubría su cuidadosa preparación para hacerse del poder en el momento que juzgaran propicio. Algunas espectaculares acciones de las principales organizaciones armadas, Montoneros y ERP, en Formosa y en las afueras de Buenos Aires (sintomáticas del fracaso de su estrategia en el terreno estrictamente militar, y de su creciente aislamiento político, producto, en parte, de su accionar exclusivamente clandestino desde 1974), crisparon aún más el clima político a fines de 1975 y principios de 1976.

#### *VI.- Desempate*

La nueva dictadura inaugurada sin mayores oposiciones en marzo de 1976 ya no se autotituló *Revolución*<sup>22</sup>, como sus predecesoras de 1955 y 1966, sino “Proceso de Reorganización Nacional”, proponiéndose, esta vez, un proyecto más ambicioso que aquéllas: la “reorganización” de una sociedad que había

---

<sup>22</sup> Debemos esta observación a nuestras alumnas Lorena Pena y María L. Bragone, del Taller de Investigación “¿Crisis o decadencia?”, Carrera de Sociología-UBA.

desafiado el orden y la autoridad en todos los rincones de la vida social, y no sólo en el terreno más visible de los enfrentamientos político-militares de los grandes escenarios de la política. Si la “Revolución Libertadora” había fracasado en sus objetivos proscriptivos y desestructurantes del Estado nacional-populista de matriz peronista, y la “Revolución Argentina” también había fracasado en la organización de un nuevo orden que evitara la persistencia y expansión del conflicto social ¿podían los militares y sus aliados civiles apelar nuevamente a la palabra *Revolución* para denominar su proyecto? ¿No había que hacerla desaparecer, incluso del lenguaje, ahora que claramente expresaba otra cosa, algo que había estado presente en las imágenes y las palabras de una sociedad movilizadora con voluntad de cambio, que había ganado las calles y que había disputado por nuevas formas de organización social y política en la universidad, en las fábricas, en los sindicatos, en las iglesias, en los barrios, en los medios de comunicación, en las corporaciones profesionales, en el arte y la cultura? La revolución era, ahora, algo que debía ser combatido y conjurado en todos los frentes.

El nuevo régimen apuntó, sin dudas, a desandar el camino que la clase trabajadora y otros sectores subalternos habían recorrido desde 1969. Pero, aprovechando el vaciamiento del proyecto de poder del gobierno peronista y el reflujo y la desmoralización de aquéllos tras las jornadas del “Rodrigazo”, en lo interno, y la incipiente reestructuración del capitalismo mundial, en lo externo, comenzó a ejecutar, en nombre de la lucha contra la “subversión” (elemento aglutinante al interior de las fuerzas armadas), una revancha clasista<sup>23</sup> cuyo alcance excedía ampliamente al ciclo de movilización abierto con el “Cordobazo”, para alcanzar a los avances que los sectores subordinados habían logrado desde la década del ‘40. En este sentido, la dictadura inició el

---

<sup>23</sup> O'Donnell, G.: “ Democracia en la Argentina: micro y macro”, Bs. As., 1983, en Oszlak, O., “Proceso”, crisis y transición democrática/1, CEAL, Bs.As., 1987

“desempate” que el mismo gobierno peronista había intentado transitar infructuosamente con el “Rodrigazo” de mediados de 1975. La nueva transición a un gobierno civil en 1983, aunque los militares y sus aliados no lograran (comparativamente con otras experiencias del Cono Sur) imponer las condiciones de su retirada del poder, mal puede considerarse, veinte años después, como un total fracaso. En efecto, la dictadura logró dejar sentadas “herencias” bien conocidas, que condicionarían poderosamente el rumbo ulterior de la economía y la sociedad argentinas: liquidación física de numerosos cuadros políticos de las clases populares, descomunal endeudamiento externo, deterioro del Estado, concentración económica de las capas propietarias y fragmentación de las clases subordinadas, etc.<sup>24</sup>. Como señalara provocativamente Perry Anderson en Buenos Aires en 1987, los nuevos regímenes democráticos de la región –incluido el argentino– se erigieron sobre una derrota, y no sobre una victoria, de las clases populares<sup>25</sup>. Sin este desagradable “dato” histórico, resulta imposible entender la continuidad de la expropiación material y simbólica que éstas continuaron padeciendo en las décadas siguientes.

---

<sup>24</sup> Villarreal, J., Jozami, E. y Paz, P.: *Crisis de la dictadura argentina*, Bs. As., Siglo XXI, 1984. En otros artículos de este *dossier* se profundiza sobre estos fenómenos.

<sup>25</sup> Anderson, P.: “Democracia y dictadura en América Latina”, en H. Gaggero (comp.): *Estructura social y conflicto político en América Latina*, Bs. As., Biblos, 1989.